

**La novela más divertida** —y qué otra cosa le pedía a la novela el Marqués De Sade— de los últimos tiempos latinoamericanos es sin duda *Daimón* del argentino Abel Posse (Ed Argas/ Vergara). Un verdadero tratado de arqueología psiquiátrica es la reconstrucción del alma de Lope de Aguirre, vale decir del español a lo bestia en el siglo XVI. En el capítulo Tarot III: "La Emperatriz", dedicado a describir la conquista del territorio de las Amazonas, aquellos hombres del Espíritu, que "se acoplaban con su esposa mediante sayal con agujero", sueltan al perro de su deseo, hasta entonces encadenado en el fondo de sus almas. Hastiados de su "breve puterío", que acompañaba la expedición a la tierra de Coñori, los hispanos se olvidan del "una vez fecundados nos devorarán" para darse a perseguir y obtener a aquellas preciosas indias sin más tapa que una tanga. Antes del rito se les advierte que de la cría humana que resultare, "los machitos serían regalados o sacrificados y las hembras se conservarían como ciudadanas de pleno derecho".

Las indias, "tontonas como niñas nórdicas", obligan al español a bañarse y a abandonar sus armas y ropas ("todo aquello hedía como una yegua muerta juntando moscas") y su modo de galopar mujeres "en silencio y con cierta furia vengativa, como quien busca desembarazarse de ellas de una vez para siempre"; es también enseñado a besar compartiendo el aire ("cosa que siempre habían considerado mariconería de franceses o reblandecimiento de chulos de burdel"); se le perfuma y se le unguenta, y se le regala con una *fellatio* como las producidas por las "orquídeas gemidoras", una flor carnívora. Lo que compraba el oro en los burdeles de Córdoba vinieron a encontrarlo en el Perú, en los criaderos del Amazonas, como satisfacción permanente de primitivos, más aún en medio de una "sosa inocencia". Mil veces preferible El Dorado, el arenal de oro aunque sólo criara escorpiones y migalas ("si en la vida la cosa es llorar, yo prefiero estar llorando con el culo sobre el arenal de oro"). La india amazona no entiende la conquista de territorios y de oro, si ya se tiene la felicidad, el paraíso carnal en la tierra: "¿Por qué no andáis desnudos con estos calores?" Lo sombrío, lo autodestructivo de la raza española se impone: los goces amazónicos no eran sino "una tediosa imitación de la delicia absoluta".

Acaban los soldados vistiendo de monjas a las Amazonas para "violentarlas ominosamente", intentan engatusarlas para irse con ellos, para venderlas en los burdeles de la Cashba de Tetuán. Lope de Aguirre mismo, amante de la reina se siente descendido de la majestad a la minucia hogareña, entre manjares como las pechugas de mono, croquetas de pescado fresco, chismosas, hervidos de tortuga, fresas, jugo de coco y chicha. Vive sin paz, como amenazado perpetuamente por un fuego a sus espaldas. "¡Cuando lo tenéis todo —dice a sus hombres— es que no queréis na-

dal", al verlos desdefiar los manjares amazónicos por un puchero, un costillar de venado, unas tapas de jamón de manatí, una fritanga de anguilas de río. La reina de las Amazonas no encuentra otro remedio que llevarlos a bañar a la fuente de todo erotismo, la laguna habitada por los pececitos *candiru*, cuyas cualidades conocerán los españoles más tarde: "invaden provocando una irritación que dura más de cuatro días (en los hombres), y no ahorra a las hembras, que por su causa padecen una especie de fiebre local, una picazón entusiasta". Incapacitados para el amor, los españoles resultan incapacitados para la paz.

Especie de realismo mágico a la hispanoamericana, la narración de Posse resulta maliciosa, inteligente, ya que rastrea la documentación antropológica en los documentos de la Conquista de América y entra a saco en la imaginación que se les quedó a los cronistas entre líneas. Así quisiera uno que le hubieran contado la Conquista siempre: desde el hombre y desde la mujer, desde el español y desde el indio, desde el militar y el soldado, desde el judío y el intelectual. Por cierto, al escribano de la expedición, porque le hace unos versos a su hija, Lope de Aguirre ordena que lo despellejen y salen, para enseguida hacerle en los testículos un lazillo chino, una tortura llamada paella de mariscos y hasta unas calzas napolitanas; aceite hirviendo en un susensorio de hierro, hasta que se frian los capañones. "Te has permitido la peor lujuria, la del alma: has imaginado a mi niña, a doña Elvira, según tu desvío; has llevado a tus peores pensamientos a la inocencia de mi niña; has vejado a mi niña en tu mundo de papel". No se le ahorró al escribano la introducción de una tuna espinosa en el ano: "No murió pero su cura demoró un largo año durante el cual la Crónica pasó a un mal calígrafo pero buen letrado".

No menos primoroso y erudito es el capítulo dedicado al Diablo; para exorcizárselo, Lope de Aguirre se somete a mil tormentos. El Dios jugueteón de los españoles les concede todo lo que desean: "median y repartían parcelas, clavando mojones y labrando solemnes actas notariales. Eran todos latifundistas, caminar era enriquecerse. Durante la noche sufrían con los naipes en la mano perdiendo lo que a veces había costado meses de sacrificio: basta que un caballo de cartón pisotease a una sota. Parecían gozar en ese pasar de la opulencia a la miseria".

Por doquier encontraron la Belleza, "resistencia de trabajo del Demonio en cualquiera de sus manifestaciones". De ahí que Lope de Aguirre termine escondiendo y luego velando y aun apuñalando a su hija ("¡Oh, no seréis colchón de ningún bellaco!")